

EL SER Y LA DISTANCIA

Mertxe Carneiro Bello

Que nadie se me asuste, que no voy a hablar de Heidegger. Pobre de mí. ¿Quién soy yo? Lo que ocurre es que me he quedado enganchada (el año pasado fue con Hesíodo) de un reciente sobrevolar de su obra *El Ser y el Tiempo*, y a tenor de lo que sigue me ha parecido de perlas parafrasearle el título. Y lo que sigue es la vida en la distancia, es decir, el ser impregnado de ausencia o, si se me permite el atrevimiento dada la contaminación filosófica que padezco, impregnado de tiempo de no ser en un lugar con-

creto. Algo así como un «ser-aquí» queriendo «ser-allí». No hay choque, sin embargo, entre realidad y deseos. No ejerce ninguna violencia en mí esta curiosa situación; todo lo contrario, me produce una suave y placentera añoranza y, fíjense ustedes, si tuviera que buscar un símil romántico, no dudaría en elegir el de unas alas sutilísimas acariciando las paredes de mi corazón. (Me ha quedado un poco cursi, lo sé, pero es exactamente la impronta que deja en mi ánimo este amable sentimiento.)



Fot.: J.M. Lacunza

Este mes de mayo se habrán cumplido tres años –¡tres años!– de la separación de las cosas que fueron mías y que quise –que sigo queriendo aunque ya no las tenga– con ese amor propietario y absoluto desde el mismo instante en que nace. Debo confesarme –es hora ya de que lo haga– que no fueron precisamente dulces los últimos tiempos en mi tierra. Tropecé con algunas situaciones a las que no supe enfrentarme con la decisión que hubieran requerido. No, no me lamento. Lo último que haría es empezar a darme golpes de pecho por algo que ya pasó y que además tenía que pasar porque las circunstancias así lo determinaron. Es tan sólo indagación de causas, por aquello de que la razón necesita constantemente de razones para no perecer. (La razón es la boca más insaciable del ser humano; de su voracidad depende directamente su buena salud.) A la hora de justificar mi anergia de entonces, la única explicación que se me antoja coherente es aquella sensación de soledad que me producía un creciente desierto bajo mis pies. Durante la última década mis entornos afectivos se habían ido vaciando a una velocidad de vértigo; familia y amigos desaparecidos me colocaban ante un escuálido paisaje sobre el que pesaba el atronador silencio que emana del vacío. En realidad, no era la soledad mi única percepción enemiga; también y porque la ironía es un componente muy significativo de mi carácter, me notaba terriblemente aburrida del monótono discurrir de la existencia. Me cansaba la enervante puntualidad de sus premios y castigos. Mi vena estoica se activó. Siempre se activa en momentos así. Me apresuré a refugiarme bajo el pórtico diciéndome aguanta, espera y aguanta, que la mala racha pasará y volverás a ser, si no la de siempre, sí un muy aceptable trasunto de lo que fuiste. Así ocurrió. Paulatinamente, fui recordando el pulso y, cuando consideré que mis fantasmas se habían alejado lo suficiente, volví al exterior, ya menos indecisa y en absoluto dispuesta a caer en la risueña amargura que es, en definitiva, la ironía.

No me ha ido nada mal. En estos años he logrado recuperar mi centro, que es como decir que me percibo de nuevo en lo que me rodea. Mi afán por repoblar mis territorios ha tenido éxito, y hoy vuelvo a dialogar con mis semejantes y me siento más yo que nunca, viéndome en ellos reflejada.

Sin embargo, hace unos días he regresado al pórtico. Esta vez no ha sido para esconderme. Muy al contrario, se trataba de hacer el trabajo que dejé pendiente. Tres años sabáticos son demasiados, un abuso, un escaqueo indigno al que había que poner fin. Mi memoria me había estado fastidiando con el «esto hiciste», y mi orgullo con el «no pudiste hacer esto». Esconderte en lugar de dar la cara.

Y como Nietzsche casi siempre da en el clavo, venció mi orgullo. Cité valientemente a mis fantasmas. Quería verles la cara. Necesitaba derrotarlos para que no flotaran, eternamente amenazantes, sobre mi cabeza. Tenía que hacer lo que no pude o no supe hacer entonces. En otras palabras: se imponía la reflexión. Era el momento exacto, pues la madurez es una lente potentísima para conseguir buenos planos de nuestros interiores.

No es fácil la tarea de fisgarse por dentro. Ni fácil ni mucho menos agradable. Cuando llegamos a ciertas edades, incluso si nuestra vida ha sido en gran medida lo más parecido a unas vacaciones, las cicatrices se acumulan. Aunque no encontremos grandes penas y grandes dichas jalonando nuestro devenir; aunque la normalidad, la planicie, casi lo anodino nos definan, aún así, ¡aún así!, cuántas señales en la piel del alma... Sin embargo, no me arredré. Estaba firmemente decidida a desandar el camino, aún sabiendo que los brazos de mi madre ya no tendrían calor, ni interés mis estudios y mi trabajo, ni pasión mis amores y desamores, ni entusiasmo mis propósitos de cambiar el mundo, ni decepción la certeza de que al mundo no hay hijo de vecino que lo cambie. Todo cuanto iba a analizar era cadáver obediente esperándome en las cunetas del inverso camino que abordaba. ¿Y qué?... ¡Y qué! Volver atrás no es más que dialogar con la muerte de las cosas, eso todo el mundo lo sabe así que no hay por qué asustarse.

Recuperé, no sin alguna dificultad, los años de ignorancia seráfica y los años de amargos descubrimientos sobre la realidad de las cosas. Mi más que mediada vida se fue desplegando ante mis ojos atentos y, al final, por efecto de ese mecanismo que se ha dado en llamar deformación profesional, todo acabó en una cuenta de resultados. ¿Y con qué saldo? Pues el habitual: pérdidas, como todo el mundo. Somos contumaces en el error. No hay manera de que nuestra gestión de esta empresa llamada vida devengue beneficios. Demasiado despilfarro o demasiada reserva. No hay equilibrio posible en la humana contabilidad.

Pero justo es también reconocer que la cuenta de resultados es relativa. Todo lo es en el universo. Quiero decir que al no ser mi «negocio» tan importante, tampoco el quebranto puede hacer que me lleve las manos a la cabeza. Ni he matado ni he robado; no he hecho ningún otro daño conscientemente y he sabido pedir perdón. Me han querido y me han detestado, me recuerdan y me olvidaron. Y todo esto no es más que el retrato de una vida pequeña, corriente, así como en do menor. Vida que pudo haber tomado otras dimensiones, otros brillos, pero que se quedó ahí, en lo

que se queda la de la inmensa mayoría de la humanidad: en la insignificancia. Bueno... ¿y qué pasa!? Debo contemplarme comprensivamente. «Yo soy yo y mis circunstancias y si no las salvo a ellas no me salvo yo», decía Ortega y yo me adhiero a esta verdad. Mi empresa no ha sido tan mala, a pesar del dichoso resultado negativo. Después de todo, si estoy teniendo narices para realizar una auditoría vital, eso quiere decir que algún partido le he sacado. Doy gracias por ello no sé exactamente a qué, soy agnóstica en religión, aunque, recurriendo al poema de Bjornson, podría muy bien postrarme agradecida ante *el día que no acaba jamás*. Al fin y al cabo, es el dios más «real» que conocemos. Se encendió casualmente en aquella charca darwiniana hace millones de años y por un designio de evolución, resulta que acabó haciéndonos reyes del universo conocido. ¿Alguien da más? Sólo hay una pequeña pega (sigo con el poema de Bjornson) y es que los minúsculos reyes solo tendrán derecho a *un único soplo del día que no acaba jamás*. Un único soplo de la creación y después... Después: ¡alehop! ¡Otra vez a la charquita! Pero una, que ya se habrá visto que es de buen conformar, no puede menos que preguntarse alborozada ¿y lo 'bailao'? Pues lo 'bailao', amigos míos, no nos lo quita nadie. ¿A que estaba pareciendo a ustedes un tanto pesimista? ¿A que sí? Pues ya ven que sé tocar la flauta tan bien como Schopenhauer.

En el curso de estas reflexiones también he descubierto la penicilina. Dicho de otra manera: he tenido la inquietante revelación de lo poco de fiar que es nuestro ser. El ser, sí, el ser. Ese misterio que según Heidegger fluye desde algún ignoto lugar y que se da como un don en la cosa que somos, resulta que es algo extremadamente inconstante en su forma. (O peor aún: quizás directamente informe a fuerza de manifestarse tan vertiginosamente diverso a lo largo del tiempo que tenemos asignado.) Y ya puesta a descubrir sin tasa, asimismo me topé con la abrumadora evidencia de que necesitamos de mucho espesor en la capa que la experiencia va tejiendo sobre nuestros hombros si queremos alcanzar esta verdad sobre *la insoportable levedad del ser*. (¡Te tocó, Milan Kundera!)

Desde mi pórtico me he visto pasar y ha sido como ver una multitud. ¿Cuántas personas he habitado? ¿Cuántas me quedan aún por habitar? Me he reconocido en cada una de ellas como se reconoce a un extraño que se cruza con nosotros todos los días. Se sabe que es él, pero no se sabe *quién* es él. Yo sabía que las sucesivas figuras que el tiempo iba modelando en mi recuerdo eran yo. ¡Pero qué distintas! ¡Qué extrañas! ¡Qué ajenas! ¿Quiénes fueron, en realidad?... Me pregunto

quién soy ahora. Si me mirara al espejo, ¿qué vería? Acudo a Marx: un producto de naturaleza e historia, y de ambas dialéctica. ¡Eureka! Mira por dónde soy una dialéctica. He sido y seré sucesivas dialécticas. No está nada mal. Me parece una justa compensación a este inmenso sin sentido que es, lo queramos o no, la vida.

Es apasionante meditar. Meditar nos permite acercarnos al ser que somos. Nos permite, incluso, elucubrar sobre las fuentes del ser. De dónde procede. Cómo nos penetra y administra. Cómo nos transforma en virtud de su propia transformación. Acontece en nosotros con la misma precisión que acontecen las arrugas, si bien el ser es más poderoso que el tiempo porque es tiempo a la vez que ser. Escribe sobre nuestra piel un discurso propio, radicalmente distinto al que por su cuenta escribe el tiempo. Por ejemplo. Si al despertar una mañana nos sentimos mucho más jóvenes que ayer, eso quiere decir que el ser se nos ha puesto risueño; pero, ojo, que nuestra espalda se curvará con el peso de una vejez sobrevenida si el ser amaneciera agrio. La prueba del nueve sería mirarse al espejo. Instantáneamente veríamos al pimpollo o a la carroza, y nada subjetivamente, que hasta es muy posible que los vieran los demás. Tal es el poder de la pluma del ser. Tengo que decir que el mío se porta bien. Hasta el momento, apenas se inmiscuye en mi gesto, como no sea para mejorarlo, así que en el espejo veo estrictamente lo que tengo que ver: a una señora que lleva aiosamente el peso de las calendas. Pero no todo es bonanza en mis dominios...

Mi vuelta al pórtico no sólo ha sido una cuestión de poner orden y concierto en mi vida. También se ha debido a que, de un tiempo a esta parte, el dichoso ser ha empezado a dolerme un poco. Nada serio. Ligeras molestias, súbitos y pasajeros pinchazos, alguna casi imperceptible bajada de temperatura... Tonterías. En casa me dicen que a veces me pongo algo tristonza. La gente, cuando te conoce bien, va directamente al grano, sin perder el tiempo con perífrasis como «te noto pensativa» o «te veo distraída». Los que te saben de memoria te lo sueltan todo en las narices. La confianza da asco, dicen, y es cierto, ya que semejante irrupción en tu intimidad te obliga al disimulo. Disimulo que, dicho sea de paso, no «colará». ¿Pero por qué ocultarse? ¿Por qué no confesar a los que nos quieren eso de la suave y placentera añoranza? (No con estas palabras, claro, que se puede armar...) Deberíamos atrevernos a confesarlo. Al fin y al cabo es algo tan lógico, tan exacto como respirar. Pues nada, que no hay manera. Hay en nuestro programa biológico un pequeño tirano tímido llamado pudor, que a veces

es sano, y otras veces estúpido. Es sano cuando acierta al ordenarnos proteger nuestra intimidad más sagrada. Pero es estúpido si se activa allí donde no debiera. Ejemplo. Cuando nos conmina a taparnos el alma, la parte más pudenda de todas las partes pudendas, ante aquellos que desean vernos tal como somos porque así nos aman. Al «pareces triste» el común de los mortales solemos responder con un apresurado ¡ni de coña! Pudor estúpido. En mi caso, tengo que reconocer que cada vez menos (dentro de un orden, naturalmente), y prueba de ello es que estoy aquí, largando con bastante soltura, una vez que por fin he «cantado» en casa. Les he dicho, les repito a ustedes, que siento en mis oídos ese siseo, esa llamadita de la parte de mí que no me siguió, y que, paciente e inmutable, espera mi regreso. El señor Heidegger pondría en grito en el cielo si leyera lo que acabo de escribir. Me diría que estoy loca, que el ser va llegando y pasa, que jamás retrocede ni mucho menos se desgaja para permanecer estático en un rincón. ¡Estático! ¡Qué anatema para el universo! Pues será todo lo anatema que se quiera, pero un pedacito de mí –¡sí lo sabré yo!– se ha agazapado frente a la bahía de La Concha, con los ojos y los oídos muy abiertos. Por él sé qué color tiene mi mar y cómo besa la brisa que viene cabalgando sobre las olas.

He hecho mis deberes. Mis cosas están en orden. La verdad es que este largo y frío invierno me ha ayudado mucho. Con días de nieve, el mar ausente y un cielo de plomo pesando sobre la ciudad, ha sido obligatoria la reclusión en casa. Sólo de vez en cuando y aprovechando que el sol se hacía un poco menos cicatero, me iba a pasear (al galope) por el paseo marítimo. La primavera ha lle-

gado puntualmente. En el Maresme jamás se retrasa. Ni frío ni calor, y la playa como una remanso de belleza y sosiego; tal vez las palomas incordien un poco, pero la culpa es nuestra pues las cebamos con los restos del bocata, y, naturalmente, no se nos despegan de la toalla ni locas. Así están ellas de gordas y altas, que parecen gallinas más que palomas. Pero hay algo en este rincón catalán que no deja de sorprenderme. Es la delicada tonalidad del cielo, incluso en lo más ardiente del verano. Cada mañana lo veo desplegarse terso y azul, ya ligeramente velado desde que se enciende sobre la sierra litoral y, sin embargo, pletórico de transparencias. El mar es otra historia. El mar... ¿De dónde saca el mar su intensidad? Recuerdo haber leído que Machado, creo que Antonio, dijo que el Mediterráneo era de un azul cobalto... Es cierto, ya lo creo que sí. Ahora mismo, mientras esto escribo, lo tengo delante, esplendoroso en todo su apasionamiento azul, en toda su fuerza azul.

Aunque mi ser-aquí arrecie en su nostalgia, aunque se empeñe en darme algún que otro sobresalto, tengo la seguridad de que la cosa no pasará de ahí. Es de esperar que mi vida futura sea, por razón de esa impronta de serenidad que nos regala la madurez, mucho más amable y, sobre todo, tranquila, muy tranquila. Me serán arrebatadas aún algunas cosas y estoy preparada para ello. Si tuviera algún peligroso desfallecimiento, sé que los años y el cercano mar me ayudarán. Y luego a esperar que la vida se cumpla en todos sus términos. Pero antes habré vuelto para reunirme con lo mío. Despacito, sin hacer ruido, me acercaré a esa parte de mí que me aguarda. Nos diremos «decíamos ayer» y seguiremos contemplando la bahía como si tal cosa.

